

Rupturas culturales en los relatos autobiográficos de mujeres que migran del campo a la ciudad

ORLANDINA DE OLIVEIRA*
MARIELLE PÉPIN LEHALLEUR**

Resumen: En este artículo se analizan las experiencias de vida de mujeres que han migrado del campo a la ciudad para conocer las condiciones sociales en que aprovechan su herencia cultural, la modifican o la abandonan en beneficio de otros códigos y valores. Desde la óptica de los cursos o trayectorias de vida, adquiere relevancia considerar las interrelaciones entre varios tipos de trayectorias y las transiciones que se dan a lo largo de las mismas. Las experiencias de vida, narradas por sus protagonistas, ofrecen la ventaja de descubrir los recursos culturales movilizados en circunstancias dadas, lo cual revela las percepciones y categorías de análisis de que dispone cada persona que narra su historia.

Abstract: This article analyzes the life experiences of women who have migrated from the countryside to the city in order to discover the social conditions in which they use, modify or abandon their cultural heritage in favor of other codes and values. From the perspective of pathways or trajectories, it is useful to consider the inter-relationships between various types of trajectories and the transitions that occur in the course of the latter. Life experiences, narrated by their protagonists, have the advantage of bringing to light the cultural resources mobilized in given circumstances, which reveal the perceptions and analytical categories available to each narrator.

Palabras clave: migración, urbanización, continuidad cultural, trayectorias de vida, relatos autobiográficos, relato.

Key words: migration, urbanization, cultural continuity, life trajectories, autobiographical stories, account.

LA MIGRACIÓN DEL CAMPO MEXICANO HACIA LAS CIUDADES ha contribuido, desde hace aproximadamente cuarenta años, a la rápida urbanización del país.¹ Sin que haya hecho el vacío en el campo —gracias al crecimiento demográfico—, la migración ha ampliado y densificado considerablemente los centros urbanos. A la urbanización se le atribuyen profundas transformaciones en las estructuras económicas y en los comportamientos sociales, desde la entrada de muchas mujeres al mercado de trabajo o el alcance que ha adquirido la planificación familiar, hasta las nuevas exigencias de participación política (Cooper *et al.*, 1989; Massolo, 1992; Cosío-Zavala, 1994; Oliveira, 1995).

* Dirigir correspondencia a El Colegio de México, Camino al Ajusco núm. 20, Col. Héroes de Padierna, C. P. 14700, México, D. F., tel.: 5449-3000, ext. 4123, fax.: 5645-0464. E-mail: odeolive@colmex.mx.

** Dirigir correspondencia a CNRS-CRREDM, 28 Rue Saint Guillaume 75007, París, Francia, tel.: (331) 4439-86-62, fax.: (331) 4548-79-58.

¹ Según el censo general de 1960, las localidades urbanas son las que cuentan con 2 500 y más habitantes. No obstante, es sólo hasta los años noventa cuando la población que vive en ciudades de 15 000 habitantes o más se vuelve mayoritaria.

El cambio social tiene como corolario el cambio de la mentalidad, pero ¿acaso no se decía aún hace poco que las ciudades latinoamericanas seguían pobladas de campesinos (Roberts, 1978)? Diversos autores subrayan las fuertes continuidades culturales que se puede observar no sólo entre las metrópolis y el campo, sino también entre las clases populares y las capas medias de la sociedad, en las formas de sociabilidad tanto como en las creencias, en las configuraciones domésticas como en muchas prácticas políticas, o en la organización de actividades informales.² Una manera de iluminar los aspectos distintos y ambivalentes de los procesos de migración y urbanización es seguir más de cerca las trayectorias o itinerarios particulares de algunas mujeres que han tenido la experiencia de la movilidad espacial y/o social, y tratar de comprender los factores sociales que han producido estas evoluciones y la respuesta personal de las protagonistas, a la luz del cambio que ellas dicen que han percibido, de su evaluación de entonces y de la que hacen hoy.

La idea de itinerario evoca el cambio, la evolución personal en el seno del movimiento de la sociedad. Los relatos autobiográficos no proponen solamente un conocimiento preciso de los acontecimientos que los han moldeado, relaciones nuevas tejidas y desenlazadas en cada etapa. Las experiencias de vida, narradas por sus protagonistas, nos hacen compartir su mirada sobre la sociedad desde el ángulo particular en que se les presenta, con sus posibilidades, sus límites y sus exclusiones. Y estas experiencias ofrecen sobre todo la ventaja única de descubrir los recursos culturales movilizados en una u otra circunstancia particular, revelando al auditor atento las percepciones y las categorías de análisis de que dispone cada una de las personas que cuenta una historia y siempre la reelabora.

Las mujeres cuyos relatos analizamos en este artículo han migrado a las ciudades de México, Mérida o Tijuana después de haber pasado en un pueblo o en una rancharía su infancia y su adolescencia, y en algunos casos, una parte de su vida adulta. Todas han trabajado y aún trabajan o se disponen a recomenzar. Tienen hijos, a veces nietos. Algunas de ellas llevan una vida social activa fuera de su círculo familiar.

¿Qué han sentido estas mujeres en diferentes situaciones y cómo las han evaluado? ¿Qué perspectivas se les han presentado, qué alternativas y para qué opciones? Consideramos que volver a trazar sus trayectorias y proyectos de vida puede aportar alguna luz sobre los procesos de cambio social y de transmisión (reproducción o adaptación) de los códigos culturales que han orientado sus acciones y concepciones.

CÓDIGOS CULTURALES Y DEFINICIÓN DE LOS PAPELES FAMILIARES

La referencia constante o recurrente al marco familiar, así como su imposición como modelo ideológico de comportamiento en numerosos contextos, justifican de manera

² Véase Lewis, 1959; Cornelius, 1980; Lomnitz y Pérez-Lizaur, 1987; Bonfil, 1987; Roubaud, 1995; Selby *et al.*, 1994; Ramírez, 1997; Esteinou, 1996, entre otros.

práctica y teórica que se le haya escogido como piedra de toque de la preservación o de la evolución de los códigos culturales (Oliveira *et al.*, 1989).

El modelo campesino de la familia que naturaliza las diferencias de generación, de sexo y de edad, que las jerarquiza en nombre de un objetivo común y las organiza para la producción poniendo por delante su complementariedad, define con bastante precisión los diversos papeles familiares (Chayanov, 1966; Segalen, 1980; Pepin Lehalleur y Rendón, 1983). Su capacidad de imponerse como norma se fundamenta sin duda sobre su función en la reproducción material y social a corto y largo plazo (anual, generacional) y la fuerza que extrae de ello para legitimar la jerarquía y la autoridad paterna y masculina.

El modelo patriarcal es una versión de esto ampliada a otros contextos, que no son necesariamente familiares, y sobre los que se proyecta una ideología de la familia. Para los migrantes rurales, en cambio, la unidad doméstica y la familia campesina han sido una realidad que ha estructurado sus relaciones infantiles y que no sólo les ha proporcionado papeles, sino también ejemplos concretos, vividos en la subjetividad, lo cual permite a algunas mujeres, como veremos, recurrir a esta referencia con alguna flexibilidad.

El modelo campesino no se detiene, por otra parte, en los límites estrechos de la familia nuclear ni de la unidad de residencia. Propone asimismo una codificación de las relaciones de parentesco y vecindad en la que los diferentes grados de proximidad no se traducen solamente en sentimientos variables de identidad, sino en una escala correspondiente de interdependencia y de solidaridad activa. Así por ejemplo, la ambigüedad y el conflicto latente que connotan las relaciones con la pareja en la alianza matrimonial expresan el reconocimiento de una lucha entre dos solidaridades, y cada una de ellas puede querer ser exclusiva.

El análisis del recorrido singular, de la manera en que una mujer evalúa los papeles de hija, esposa, madre o suegra en el curso de su vida, el lugar que se asigna en el seno del marco familiar y las otras identidades y proyectos que asume fuera de él, permite ilustrar su capacidad personal de utilizar los códigos adquiridos y de elaborar otros nuevos. Además, la plasticidad de estos papeles y las condiciones sociales que favorecen que ella se distancie de ellos, que se someta a ellos o que los adapte, serán otras tantas indicaciones sobre la manera en que se transmiten y evolucionan las herencias culturales a través de pasajes que se supone conducen de un "tradicionalismo" campesino a la "modernidad" urbana.

SIETE HISTORIAS DE MUJERES

García y Oliveira, con base en entrevistas a profundidad a casi cien mujeres de Mérida, México y Tijuana,³ han tratado desde un punto de vista sociológico algunas de las

³ La investigación titulada "Fecundidad, trabajo y condición femenina", realizada en 1990 en El Colegio de México, recibió un financiamiento de la Fundación Rockefeller.

preguntas abordadas más arriba. También han analizado las dinámicas familiares y la división genérica de los papeles en su interrelación con las decisiones de procrear y la educación de los niños, los esquemas de autoridad en el seno de la familia y la libertad conquistada por las mujeres frente a sus cónyuges. El caso de las mujeres que asumen la dirección de sus hogares en presencia de sus esposos ha recibido una atención especial, así como las concepciones femeninas sobre el trabajo, el matrimonio y la maternidad, y las experiencias matrimoniales diferenciadas según los orígenes sociales (García y Oliveira, 1994; García, 1999; Oliveira, 1995).

Es a este *corpus* al que recurrimos ahora para observar la evolución de las categorías culturales en la transición entre lo rural y lo urbano y en el curso de las trayectorias de vida. Se han seleccionado los testimonios de siete mujeres para el estudio actual en razón de su infancia campesina y de su experiencia de migración a la ciudad en edades diversas. Los relatos y los comentarios, espontáneos o solicitados, de esas mujeres, evocan los años pasados en el pueblo, las relaciones en el seno de la familia de origen, la formación escolar, las circunstancias y razones de la partida hacia la ciudad, el inicio de la vida laboral, el matrimonio y las relaciones conyugales, la experiencia de la maternidad, las actividades extrafamiliares y los proyectos futuros.

Tres de estas mujeres, pertenecientes a una primera cohorte de nacimiento (1925-1945), ya han entrado en la etapa llamada de fisión del grupo doméstico, cuando todos o algunos de sus hijos tienen a su vez hijos. Las otras cuatro pertenecen a otra generación (sólo tienen hijos jóvenes) y a otra cohorte: nacieron entre 1945 y 1960, en una época en que la escolarización se había desarrollado considerablemente en las regiones rurales, e iniciaron su vida fértil bajo el signo de las campañas de planificación familiar.

Nuestro análisis se centrará en las etapas de inflexión en las cuales cambia la configuración social en que se encuentran las entrevistadas y en la que ellas tienen por tanto una posición nueva que asumir. Se establece una doble comparación entre las situaciones que viven las diferentes mujeres y a lo largo de la trayectoria de cada una, en la que cada experiencia es acumulativa y el orden mismo de ocurrencia de los acontecimientos es pertinente para la apreciación que ella extrae de los mismos y para las implicaciones prácticas en su vida.

Las mujeres estudiadas hacen una reflexión retrospectiva que refuerza la distancia de sí mismas esencial para la entrevista. Ponen en perspectiva sus expectativas y las realidades que encontraron, sus percepciones de entonces y su evaluación de hoy. El desfase entre estas visiones sucesivas nos da la medida del cambio cultural, una evolución singular, personal, pero producto de la interacción y el intercambio, e inscrita en el cambio social.

La vida de cada una de estas mujeres también puede ser vista como un encadenamiento de discontinuidades en el que cada situación nueva significa una nueva configuración social, que la protagonista percibe y se representa de una cierta manera en función de experiencias previas y de categorías que ella ha puesto a prueba. Una configuración también en la que ella tiene un lugar que ocupar, que definirá confrontan-

do sus propios puntos de vista con los de otros en su propio contexto social y en donde proyecta sus deseos de realización.

Se puede encontrar una ilustración del *habitus* de Bourdieu (1988) en esta idea de que las representaciones se forjan a través de la acción y la proyección —a su vez puestas en situación— del sujeto. Y a este respecto parece esencial tener en cuenta la advertencia de Bertaux (1994) sobre la importancia que debe concederse al contexto social en el que uno u otro capital cultural puede fructificar, a fin de no reducir a trayectorias individuales lo que es variabilidad de las condiciones sociales en las cuales se actualizan las aptitudes culturales.

Por nuestra parte, buscamos conocer las condiciones sociales en las cuales las mujeres estudiadas aprovechan su herencia cultural, la modifican en los procesos de interacción o, incluso, la abandonan en beneficio de otros códigos y valores. Una breve presentación de las siete mujeres permitirá al lector seguir el análisis.⁴ Hemos optado por hacerla a partir de su situación actual y más precisamente a través del proyecto de vida que ellas formulan expresamente o que expresan de manera más implícita y que nosotras “traducimos”.

PROYECTOS DE VIDA

Las tres mujeres de la primera cohorte enuncian proyectos y experiencias de vida muy diferentes. Doña Paz (64 años) está involucrada en un sueño de liberación individual que pone en duda las normas aceptadas durante toda su vida. Doña Juana (56 años) sólo piensa en el ascenso profesional del bloque familiar y aborda nuevos terrenos de la participación social, mientras que la tercera, doña Natalia (47 años) está muy ocupada en traducir sus referencias campesinas al contexto de la ciudad y en tratar de salir de la precariedad, un esfuerzo que comparten su marido y sus hijos.

Sus vidas de niñas, sociológicamente parecidas, no revelan las mismas situaciones familiares: las tres nacieron en pueblos o rancherías (Yucatán, Oaxaca) en el seno de familias muy pobres y tuvieron que contribuir a la subsistencia común. Pero si doña Juana tuvo la experiencia del trabajo compartido de manera igualitaria con sus hermanos y hermanas y no ha sido, como tampoco ellos, escolarizada, doña Natalia realizó trabajos de costura desde los nueve años para ayudar a mantener a sus hermanitos y, por eso mismo, estuvo privada de la escuela, lo cual evoca con amargura. En cuanto a doña Paz, fue primero sobre su madre que se ejerció la tiranía de su padre, y a ella, adolescente, le prohibió “trabajar” (con remuneración) como una forma de sujeción.

Las experiencias de Paz y Natalia se acercan en algunos aspectos. Han buscado una y otra la liberación en el matrimonio (no la han encontrado), han residido la mayor parte de su edad adulta en el pueblo, llevando una vida muy activa de mujeres campesinas, que Natalia reconoce como trabajo (y está orgullosa de él) mientras que Paz in-

⁴ En el cuadro 1 incluimos las características sociodemográficas de las entrevistadas.

siste en la prohibición de trabajar que su marido, después de su padre, hizo recaer sobre ella. Ambas tuvieron muchos hijos que mandaron a la escuela sin mucha insistencia por parte de Paz, y al contrario, “para darles lo que yo no he recibido”, como dice Natalia. Son ya mujeres maduras que migran en familia a Mérida para huir de la miseria del campo yucateco gracias a la ayuda y la insistencia de parientes. Como hablaban el maya en sus pueblos, no hablan con soltura el español, pero no mencionan este hecho como una desventaja.

Doña Juana, en contraste, migró joven a México para trabajar; ganar dinero (enviarlo a su familia) y “ver cosas buenas”. Varios años fue empleada doméstica de una casa burguesa en la que estima haber recibido (rudamente) un verdadero aprendizaje; después se casó en México con un “paisano” y trajo al mundo nueve hijos. No dejó de trabajar (lavado, quehaceres domésticos, ventas) mientras educaba a sus hijos, “con una atención particular para cada uno” subraya, y organizaba la participación de todos, incluido su marido, en las tareas domésticas. Ella estima que no ha recibido, sino ganado, el respeto que la rodea.

Las vidas de las cuatro mujeres jóvenes, nacidas también en familias campesinas, siguen cursos aún más divergentes debido al acceso diferencial a las crecientes oportunidades de estudio, la presencia de escuelas de niveles y calidad muy diversos en sus lugares de origen, y a causa de la distinta atracción que la educación formal, como vía de desarrollo personal y de ascenso social, ha ejercido sobre ellas.

Para Isabel (31 años), nacida en un pueblo de Durango e instalada hoy en Tijuana, el progreso y la superación a través de los estudios y en el trabajo son los objetivos afirmados de cada una de sus decisiones; los otros terrenos de su existencia —la maternidad, el matrimonio— están subordinados en cierta medida a ellos. Julia (36 años), en cambio, hace de su propia formación superior (enfermera) y de la de todos sus hermanos y hermanas jóvenes la expresión privilegiada de la solidaridad fraterna: ella ha estudiado y al mismo tiempo trabajado para asegurar su educación, ellos la estimulan a su vez en su especialización. Los estudios se abren para ellos como la vía de su ascenso social compartido.

Para Rocío (32 años), que no terminó la escuela primaria sino después de algunos años de matrimonio y a insistencia de su marido, la escolaridad y los otros cursos prácticos que le gusta seguir son instrumentos de aprendizaje y de diversificación de sus actividades, y éstas, otras tantas puertas abiertas a nuevos contactos interpersonales en los que su propia familia no ocupa un lugar único. En cambio, Candelaria (30 años), cuya madre la puso a trabajar a los diez años, siempre ha sentido que la escuela no era para ella y piensa que es demasiado tarde para aprender incluso a leer. Ella, que habría aspirado ante todo a que “su marido trabaje para ella, como debe de ser”, recrea a costa de su hijita pequeña la asimetría que sufrió en su infancia. Cuando ésta tenga a su vez diez años, la madre cuenta con encargarle totalmente a ella el cuidado de los hermanos para buscar una actividad remunerada satisfactoria.

APRENDIZAJE Y ESCOLARIDAD

La generalización de la escolaridad ha sido un fenómeno cultural de gran importancia en México, tanto por sus contenidos específicos como a causa de lo que trastoca: en particular, el estatuto de los niños y los modos de transmisión de los conocimientos y los valores. Algo que incumbe propiamente a la reproducción familiar, la solidaridad entre las generaciones, se aprovecha para acentuar fuertemente las diferencias existentes entre la participación económica infantil y la de los adultos, valorizar la capacidad de aprendizaje de los años jóvenes y diferir —a veces hasta anular— el momento en el que se devolverá a la familia el beneficio del esfuerzo otorgado. Además, los niños adquieren saberes y normas que sus padres muchas veces no detentan o de las que no han sido los mediadores. A cambio de la nueva misión que les toca en suerte a los padres de brindar a sus hijos el acceso a la escolaridad, en lo sucesivo tienen el derecho de esperar de ellos no sólo que les aseguren la vejez, sino que hagan que toda la familia avance en la vía de la inserción social. De este modo, la “familia” cambia de sentido y se proyecta hacia el futuro modificándose.

Este tipo de transformación no se ha realizado de repente y ha sido necesario, más allá de la política de escolarización, que se opere una verdadera revolución en la mente y que las condiciones mínimas de existencia estén en cierta medida garantizadas. Los relatos de las entrevistadas ofrecen algunas ilustraciones de la transición cultural vivida entre las infancias de la primera y la segunda cohorte de mujeres.

En la primera cohorte, los padres de las entrevistadas no valoraban la escolaridad y, además, necesitaban de manera apremiante del trabajo de sus hijos e hijas.⁵ Unos veinte años después, e independientemente de su posibilidad real de recurrir a ella, las niñas y algunos padres perciben la escolaridad como el canal preponderante y normal de integración social y económica, aun cuando algunos subrayan que de hecho está reservada a los más ricos (los gastos, los uniformes) y se sienten excluidos. La lejanía de las escuelas rurales y su nivel mediocre es una restricción general a la que ya no todas las familias campesinas siguen sometidas por igual.

Las trayectorias escolares de dos de las mujeres más jóvenes (segunda cohorte) ilustran este cambio. Isabel (31 años) y Julia (36 años) siguieron sus estudios en la pequeña población vecina y después en la capital del estado, hasta llegar a la universidad. Sus actividades, sus aspiraciones y el matrimonio las situaron en lo sucesivo en otro medio cultural y social que Julia hace que compartan sus hermanos y hermanas, en un acto deliberadamente asumido de solidaridad familiar: Isabel, para quien los estudios han sido una aventura personal (“para distinguirse, salir del montón”), deja traslucir su sentimiento de distanciamiento frente a su familia de origen, pero cumple no obstante una función puntual de relevo para los parientes jóvenes en migración a la ciu-

⁵ Así, el padre de doña Juana afirmaba, contra toda evidencia, al comité encargado de la inscripción escolar, que él no tenía hijos; el de doña Paz, ni siquiera había hecho alusión a la escuela, y la familia de doña Natalia era tan pobre que no se podía permitir prescindir del trabajo de una niña de nueve años.

dad. En los otros dos casos (Rocío y Candelaria), la necesidad de trabajar para ayudar a la familia ha sido claramente una desventaja, totalmente constrictiva cuando se trataba de las hijas mayores.

La obligación de la hermana mayor de ayudar a los más jóvenes (Natalia de la primera cohorte, Julia y Candelaria de la segunda) y la oportunidad de las menores de escapar de la misma (Rocío e Isabel) se mencionan tanto en referencia al medio rural de origen como, más tarde, en la ciudad a propósito de las relaciones entre sus propios hijos. Esta forma de solidaridad en el seno de la fratría, notablemente vinculada a la escolarización, sigue siendo un valor importante de las familias mexicanas.

La alusión a la escolaridad, en referencia a la experiencia propia, a sus consecuencias sobre el empleo o a las obligaciones que tienen con sus hijos, nunca es emocionalmente neutra. La actitud actual de Candelaria (30 años) muestra que se pueden sostener dos discursos simultáneamente: uno que subraya la importancia de la escolaridad (para los hijos) y otro que justifica la necesidad de la ayuda doméstica que aporta la hija. Esta ambivalencia la lleva a la repetición de su propia experiencia.

Hay que destacar, asimismo, que todas las mujeres tienen en cuenta el trato, ya sea igualitario, ya sea asimétrico, que ha prevalecido en su fratría entre muchachas y muchachos y en función del orden de nacimiento. Las que sentían que fueron tratadas en igualdad, aunque con dureza, se dedican a dar su oportunidad a cada uno de sus propios hijos (por ejemplo, doña Juana). Doña Natalia, también perteneciente a la primera cohorte, expresa la misma preocupación, pero en reacción explícita contra el sentimiento de injusticia que ha sufrido en su infancia: “Lo que a mí me negaron (la escuela), yo se lo doy a mis hijos.”

Cuando la escolaridad ha estado en el origen de trayectorias individuales o familiares de calificación profesional, la dicha de estudiar, muy remarcada, muchas veces está mezclada con un pequeño pesar —y con mucho orgullo— frente a la poca comunicación que se sienten capaces de mantener en lo sucesivo con la familia de origen. Más a menudo, cuando no se pudo estudiar más allá de la primaria incompleta, la relación con la escuela se evoca en sus aspectos insatisfactorios, por obstáculos objetivados (distancia, pobreza) o a causa de un sentimiento de incapacidad propio y de una falta de motivación que los padres no han sabido o querido ayudar a superar; se les reprocha esta falta de discernimiento del que ellas mismas no quieren volverse culpables frente a sus propios hijos.

En el transcurso de las entrevistas, la escolaridad se inscribe en general de una manera espontánea en el tema más amplio del aprendizaje y del papel de los padres, y suscita reflexiones en la mujer que habla sobre lo que la separa o la acerca a sus padres, sobre todo a su madre, por los conocimientos (en particular de fisiología, de las reglas menstruales, de la concepción, de la sexualidad), prácticas cotidianas (ser inventiva, activa, bien organizada o no), calidad de las relaciones conyugales o familiares (saber hacerse respetar o no), lo que se puede esperar de los hombres (con más frecuencia calificados de demonios o de déspotas que de compañeros), etc. La obligación de los padres siempre se evoca y, en un momento dado, también el temor de no

estar ellas mismas a la altura. Nunca están muy lejos los sentimientos de gratitud, de reproche y de culpabilidad.

Está claro que la escolarización introduce una ruptura en los contenidos y en las vías de aprendizaje. Los padres pasan a desempeñar un papel menos activo o menos exclusivo, pero no por ello dejan de ser el foco principal de emociones gratificantes o frustrantes vinculadas con el aprendizaje. Esta carga emocional que subyace a la transmisión cultural de una generación a otra se refleja en el malestar o en la familiaridad con que se enfrenta la oposición recurrente entre valores nuevos y antiguos, una oposición que después se vuelve rígida y sanciona la institución escolar y su valoración del ritmo modernizador de la sociedad.

Para estas mujeres que han llegado a la ciudad, la escolaridad representa, más que para las que han nacido en ella, una fuente principal de introducción al mundo urbano o, *por el contrario*, cuando falta, una desventaja suplementaria. Algunas de ellas han sabido encontrar, sin embargo, en su aprendizaje “en el taller” los instrumentos de una adaptación exitosa: doña Juana (56 años) pone al servicio de la organización compleja de su vida de madre de familia numerosa y de trabajadora, el tino adquirido en sus años de servicio doméstico, después del trabajo en el campo con sus hermanos y hermanas. Rocío (32 años) sobresale en la cocina —además de destacar también por sus responsabilidades comerciales—, que le produce un placer manifiesto; reivindica a la vez el ejemplo de su madre —que, en el pueblo, preparaba las comidas de algunos hombres solos—, su propia inclinación, muy joven, por la cocina, su apertura y su apetito de vivir (“yo soy alegre”) y la benévola enseñanza de su madrina, de la patrona de un restaurante popular, de religiosas que dan clases de organización del hogar, etc. Es la misma relación positiva con el aprendizaje (con su doble movimiento de asimilación y de superación de las imágenes de los padres) lo que la ha convencido, muy respaldada por su marido, de terminar su ciclo de primaria en la edad adulta. Mientras que Candelaria (30 años), por el contrario, rechaza las ofertas que le han hecho en Mérida de aprender a leer “porque ya ha pasado la edad de hacerlo” (ya se encontraba demasiado vieja y ridícula a los diez años para continuar la escuela); sus padres tampoco valorizaban la escolarización y prefirieron hacerla trabajar (tejía hamacas) y tiene visos, finalmente, de hacer que su hija corra la misma suerte.

MATRIMONIO Y MATERNIDAD

La entrada en la vida adulta por el matrimonio o, a la inversa, por los estudios o el trabajo, parece el momento crítico a partir del cual las trayectorias de las mujeres divergen permanentemente. La construcción de relaciones con el entorno más cercano, en el seno de microcontextos sociales marcados por la cultura del parentesco o por la del contrato de trabajo, proporciona a estas mujeres, aún adolescentes, la base para relaciones en las que se define su posición particular, su lugar en la obtención de los medios de subsistencia y su autonomía relativa. Un proceso que tiende ya sea a prolon-

gar o a romper con las situaciones conocidas en la infancia, y se revela más favorable a la elaboración de nuevas referencias culturales o a reforzar las antiguas.

La formación de la pareja y sus relaciones

El *matrimonio a edades tempranas*, aunado a la falta de estudios y a situaciones económicas precarias, dificulta las transformaciones en las formas tradicionales de vivir y concebir las relaciones de pareja. Las experiencias de Paz y Natalia (primera cohorte) y de Candelaria (segunda) ilustran las ambivalencias frente al cambio y sus intentos, algunos fallidos, de ruptura con los modelos culturales heredados. Ellas se casaron entre los quince y los diecisiete años con muchachos del pueblo o de los alrededores, por amor —como se aventuran a decir— y sobre todo para huir de la opresión paterna o de la miseria y del trabajo precoz en su familia de origen. El desencanto no tarda en llegar. Las uniones son sólo medio toleradas por las familias, que no las celebran con el regocijo requerido. Sin valoración de la alianza entre las familias, los jóvenes esposos se encuentran en posición de fuerte dependencia bajo el nuevo techo, donde su presencia no se justifica más que por una aportación en trabajo y muy pronto en prole.

Estas mujeres tan jóvenes viven en casa de sus suegros como es costumbre en la sociedad campesina, en donde la nueva unidad doméstica no adquiere su autonomía más que después del nacimiento de uno o dos hijos, cuando obtiene una cierta parte de los recursos familiares. Dar a luz asegura el estatuto de las mujeres en su nueva familia, pero una socialización realizada supone además que se mantengan bajo la responsabilidad de su marido y que se sometan a su dominación. Esta responsabilidad implicaría idealmente que el jefe de familia asegure totalmente la subsistencia de quienes dependen de él, “que trabaje para su mujer”, como se dice en varias ocasiones en las entrevistas, y que ésta críe a sus hijos y guarde la casa, manteniéndose dispuesta a acoger a su marido y a servirlo a cambio.

En tres de los cuatro casos de unión conyugal precoz, el proceso de consolidación social y económico que se espera en el matrimonio se queda corto.⁶ Paz (la mayor de las entrevistadas) es maltratada, pierde un bebé y vuelve a casa de su madre, seguida de su marido. La maldición pronunciada por su suegra se cumplirá: no saldrán nunca de la miseria (“Dicho y hecho, nunca salimos de pobres”).

Candelaria (la menor de todas) no llega ni siquiera a esta etapa porque al cabo de dos años de matrimonio sin hijos, cansada de vejaciones y de acusaciones de brujería, decide abandonar a su marido y volver con su madre, la cual entre tanto se ha instalado en Mérida, sin su marido, para trabajar. Ella se empleará entonces como sirvienta, pero deja de trabajar desde que vive por segunda vez con un hombre, porque “el hombre tiene que trabajar para su mujer”.

Es en casa del hermano mayor de su marido y su mujer, donde Natalia (primera cohorte) conoce la situación de recién llegada en su familia política, pero la joven pareja

⁶ Paz y Candelaria se casaron a los 15 años, Natalia a los 16 y Rocío a los 17.

está lejos de encontrar en ellos la ayuda esperada y Natalia multiplica sus actividades ingeniándose las para hacer fructificar los medios tan insignificantes a los que da acceso el medio campesino.

Los *matrimonios más tardíos*, en contraste, están claramente correlacionados en estos casos con una concepción más igualitaria de las relaciones en el seno de la pareja.⁷ Todos fueron precedidos por una experiencia de trabajo, en general satisfactoria, y a veces fueron retardados en beneficio de estudios largos (escuela de enfermería y universidad) que ellas consideraban prioritarios. El compañerismo en los matrimonios es un valor fuerte que parece haberse construido siguiendo diferentes vías, en relación con un modelo fraternal en el caso de doña Juana (56 años) y profesional en el de Isabel (31 años), pero siempre a lo largo de un diálogo reiterado con el marido, que es a la vez medio y objetivo perseguido en sí. La búsqueda de términos justos en la aportación de cada quien a los gastos del hogar aparece, en el caso de Julia (36 años), como el fruto de un acuerdo contractual.

Las relaciones con la familia de origen y de alianza

La tensión propia de las relaciones de alianza la vive con mayor dificultad la nuera cuando se encuentra en relación de dependencia, ya sea que viva en casa de los suegros (en los primeros tiempos), ya sea que el marido atienda todos los gastos de la casa, ya sea que se trate de un matrimonio hipergámico. La convivencia con la familia por alianza puede ser sumamente reducida (doña Juana, Isabel) o hasta mala (Rocío deja que su marido vaya solo a visitar a su madre que reside también en Mérida), pero el acuerdo conyugal es suficiente para hacer de ello un motivo de broma.

La situación es mucho más compleja para Julia (36 años), repartida entre sus horarios de enfermera, su instalación —con su marido y dos hijos— en casa de su madre por razones de organización práctica, la presencia fuerte de su fratría en su vida profesional y en sus afectos, y la actividad de su marido que lleva el comercio propiedad de los suegros. La solidaridad con su familia de origen, que ella hizo explícita desde el principio (anunció a su marido que ella continuaría ayudando económicamente a sus hermanos menores), no parece estar de más para hacer de contrapeso a la holgura mucho mayor de su familia política y a la interdependencia en que se mantienen su marido y los padres de éste. Los valores de la realización profesional y los del éxito económico parece que ejercen presiones contradictorias en el hogar y en Julia, que responde a ellas de momento con el comportamiento que no ha dejado de practicar: la abnegación.

A la vez, la búsqueda de arreglos domésticos con su propia madre (Rocío, Julia, Candelaria de la segunda cohorte, y puntualmente Natalia, de la primera) es una manera de atraer al grupo doméstico una cantidad suficiente de fuerza de trabajo femenina para que la hija organice sus propias actividades sin exacerbar esta tensión, en

⁷ Juana, perteneciente a la primera cohorte, se casó a los 22 años; Julia e Isabel (segunda cohorte), lo hicieron a los 20 y 28 años, respectivamente.

tanto que la madre, si no puede vivir en la independencia, encuentra una posición más satisfactoria que en casa de su hijo y su nuera, donde el papel femenino dominante es objeto de competencia.

Las concepciones sobre la maternidad y su control

Las mujeres entrevistadas no admiten mucha ambigüedad respecto de la función social atribuida a una madre. Si bien hay una ruptura profunda —no siempre consumada— con el esquema campesino de incorporación progresiva de los niños a las funciones productivas, la nueva racionalidad social que requiere (e impone legalmente) su escolarización se traduce en un discurso dominante tan potente que ninguna escapa a él. Las diversas cualidades que cada quien puede atribuir a la maternidad, sus expectativas y los límites a asumir acaban confundándose detrás de la función primordial prescrita a la madre de conducir a sus hijos a la escolaridad más alta.⁸

Más allá de este discurso unificado que responde al mandato público producido por la política escolar y por las demandas crecientes de calificación en el mercado del empleo, las concepciones enunciadas de la maternidad difieren enormemente. Para las entrevistadas de la primera cohorte, la maternidad es una función natural: “Soy una mujer con hijos” (doña Paz); “Mi metabolismo quiere que yo tenga hijos todos los años” (doña Natalia); “Se acepta a todos los hijos tal como vienen” (doña Juana).

La planificación de la maternidad o la aceptación de nacimientos “como Dios los envía” representa en efecto una elección importante en la que se expresa la relación de la pareja. Sea cual sea la posibilidad de acceso a las técnicas realmente eficaces, la alternativa siempre existe y esto suscita una relación de fuerzas cuando no existe un acuerdo entre los cónyuges. Del lado de las mujeres más jóvenes (segunda cohorte) que han practicado este control, Rocío (32 años) y su marido parece que compartieron la decisión de limitarse a dos hijos, pero Isabel (31 años) ha impuesto al suyo sus propias temporalidades, mientras que Julia (36 años) se mostraría muy dispuesta a ser madre una tercera vez si su marido no se hubiera negado a ello con tal de “seguir pagándose vacaciones y una vida más fácil”, una razón que ella parece aceptar muy a pesar suyo.

Las mujeres de mayor edad, que no han limitado voluntariamente el número de hijos, expresan de manera convergente concepciones del matrimonio y de la maternidad que valorizan la fuerza institucional de uno y otro de estos estados y su capacidad de conferir un nivel social a la mujer. Es a través de la maternidad como doña Juana (56 años), que buscaba en el matrimonio “tener un lugar”, se ha ganado la confianza de su marido; los hijos de doña Paz (64 años) le permiten hacer frente a su marido; y los hijos

⁸ Este tipo de obligación, vivida como una compensación por lo que uno mismo no ha recibido, se vuelve a encontrar en los alegatos sobre la casa o más simbólicamente “el techo” que hay que asegurar a los hijos, justificando todos los sacrificios y que hasta lleguen a involucrarse en operaciones de compra o de invasión de terrenos urbanos que suelen implicar riesgos.

de cada una de ellas serán la fuente de apoyo material y moral que garantizará su ancianidad.

PAPELES DE LAS MUJERES. “UNA HABITACIÓN PROPIA”

El espacio que cada una de las mujeres entrevistadas es capaz de abrir o de formular, aunque sea como un sueño, da la dimensión del camino que ha recorrido en la trayectoria de un desarrollo personal y, en un momento dado, de una transformación cultural. Los intentos de conquista de esta “habitación propia” de la que Virginia Wolf hace el símbolo y la condición práctica de una expansión de los deseos y de las aptitudes de las mujeres (Wolf, 1977), nos sirve como marco de referencia para ubicar los relatos analizados en un eje que va de los casos de una marcada reproducción de las pautas culturales de dependencia femenina hacia aquellos que denotan un esfuerzo constante de redefinición de sus herencias culturales en la búsqueda de una mayor autonomía frente a la familia de origen y procreación.

La vida y las concepciones de doña Natalia (47 años) y Candelaria (30 años) ilustran una trayectoria de reproducción de un modelo familiar caracterizado por la *dependencia femenina*. Natalia mantiene relaciones estrechas con su madre, sigue discutiendo con ella las decisiones que tiene que tomar (mostrándole generalmente los aspectos más difíciles o arriesgados) y recibe de inmediato todo su apoyo moral. Relata su infancia y su adolescencia como “su vida con su madre”, detalla los rasgos de carácter que ha heredado o no, lo que hace “mejor que su madre”, ciertos conocimientos erróneos de ésta y las rectificaciones que los médicos, “que saben más”, o sus propios hijos, que han estudiado y gracias a esto “piensan un poco mejor”, son capaces de aportarle.

Natalia sigue encerrada en un discurso de dependencia femenina, aunque demuestra lo infundado que es con numerosos ejemplos que ilustran la capacidad de su madre y la suya propia de tomar iniciativas y de asegurar prácticamente solas la educación de sus hijos. A lo largo de la entrevista, ella oscila entre la pintura de su vida “triste”, “en una casita que parece un gallinero”, su deseo frustrado de “ponerse un bonito vestido y salir a pasear”, y su orgullo de lo que ha conseguido, de la herencia moral transmitida a sus hijos, de la solidaridad que éstos demuestran entre ellos y con sus padres en proceso de envejecimiento. Esta vida y la manera en que Natalia la considera dejan poca cabida —más allá de este orgullo, lo cual no es poco— para la conquista de un espacio propio.

El ejemplo materno también es determinante y sigue siendo constante para Candelaria (30 años), que imita fielmente los comportamientos de su madre en la exacerbación de los papeles marcados genéricamente en el seno de la pareja, frente al trabajo, en la importancia diferencial conferida a la escolaridad, a los valores que trasmite la educación. En realidad, era su madre quien le hacía más falta cuando se casó por primera vez y es con ella con quien ha ido a reunirse en Mérida. Actualmente, se relevan

en una serie de tareas y, aunque no viven juntas, comentan y comparten la misma manera de abordar las situaciones cotidianas.

Para Candelaria, el trabajo remunerado se define por los códigos culturales campesinos: es privativo del hombre y simboliza la capacidad de una unidad doméstica de satisfacer sus necesidades y poner en práctica una estrecha complementariedad de papeles; sólo la pobreza o el abandono explican que una mujer se vea obligada a recurrir a él. Así, ella pudo ver en su madre la imagen de una mujer que abandonaba su pueblo para trabajar (mientras que su marido se quedaba para cultivar la tierra); ella misma se reúne con su madre y se emplea en una casa durante cerca de dos años. No obstante, ni para una ni para la otra, las concepciones de las relaciones entre hombres y mujeres y de sus papeles respectivos parecen haber sido afectadas por estas situaciones.⁹ Recordemos que en el seno de la fratría de Candelaria y entre sus propios hijos, la asimetría de los géneros es la regla.

Una segunda trayectoria caracterizada por las *posibilidades de cambio tardío* de una vida signada, de igual forma, por la reproducción de las pautas de subordinación femenina, la encontramos en las experiencias, sueños e ilusiones de doña Paz. En su pueblo, la proximidad de su familia de origen no significa nada más que una sujeción reforzada al marido que, ella dice, le prohíbe trabajar. Paz retoma por su cuenta una prohibición social que otras entrevistadas consideran de manera mucho más flexible porque las actividades que realizan entonces para contribuir a la subsistencia familiar están claramente calificadas de "trabajo".

De esta dominación dolorosamente interiorizada (ella ha imitado mucho tiempo la actitud de su madre sometida a su padre), Paz se liberará pasados los sesenta años y al cabo de doce años de residencia en Mérida, a donde ha migrado toda la familia. Enfrentada a la incapacidad en que se encuentra su marido para atender a sus necesidades, ella puede aceptar una oferta de trabajo gracias al apoyo decisivo que le brinda su hijo mayor:

En este caso, el trabajo llega a invertir el tenor de las relaciones matrimoniales y, en particular, vuelve inaceptables las groserías del marido cuando llega borracho a casa.¹⁰ No obstante, aunque Paz se imagina viuda con gran placer, no se atreve a vislumbrar el

⁹ La madre de Candelaria se refiere al padre, de quien de hecho está separada, diciendo: "Yo tengo a alguien que me manda, que se ocupa de mí, yo no me mando yo sola." Lo cual Candelaria retoma a su vez introduciendo un pequeño bemo: "Una no le pide a su marido el permiso de salir, pero hay que informarle de antemano." Pero ella precisa que "una mujer debe recibir a su marido y darle de comer incluso si llega borracho porque si no, podría romper todo en la casa", y esta obligación le parece justificada porque responde a la del marido de satisfacer sus necesidades. "Que el marido trabaje para su mujer" es, por otra parte, la primera razón para casarse.

¹⁰ Doña Paz presenta la inversión de papeles en la manutención del hogar como un hecho anormal y excitante cuyos detalles se complace en describir: el marido ocupado en lavar y ordenar la casa y en dar de comer a las gallinas y guajolotes de su mujer, mientras que ella asegura las entradas de dinero, conserva su papel de gestora y se da a veces el lujo de llegar tarde a casa. Ha podido hacer algunos ahorros y comprar a su hijo más joven un terreno en el que su marido construye una casa de una pieza, y es ella quien se autoriza para intervenir ante el patrón del hijo y pedirle un pequeño aumento de salario. Se preocupa de la alimentación de sus nietos y a veces contribuye a ella.

divorcio, es decir, una decisión de su parte que suscitaría, como ella dice, la incompreensión de sus hijos. Después se tranquiliza proclamando —cuando su marido es amable con ella— que ella trabaja hoy para él como él lo ha hecho antes para ella.

La etapa vital a la que ha llegado aporta tal vez algún elemento de comprensión. Una vez casados sus hijos, una mujer accede al estado de suegra (y de abuela), la posición femenina de parentesco más poderosa porque su propia sexualidad ya no está en juego, mientras que ella tiene atrapado el comportamiento de otra pareja y de su progenie (recordemos a las matronas romanas). Para doña Paz, la incapacidad económica de su marido, la oportunidad de un empleo y la alianza con sus hijos se conjugan para dar otro curso a la frustración largamente acumulada y permitirle adoptar un comportamiento radicalmente nuevo y racionalizarlo en consecuencia. Sus proyectos de viudez o de paseo “sin que nadie le pregunte dónde ha estado” indican a la vez su necesidad de liberación, la dificultad de obtenerla dentro de su configuración familiar real y la inflexión urbana que adquiere su deseo.

Un tercer itinerario denota una *transición parcial o inconclusa* hacia una ruptura de la dependencia de los lazos familiares con los hermanos o hijos. Las vidas de Julia (36 años) y doña Juana (56 años), a pesar de haber seguido caminos muy distintos, muestran las dificultades de lograr la realización de un proyecto de vida propio. Julia terminó su carrera de enfermería y ha logrado romper con muchas de las pautas culturales de subordinación femenina, pero ha reconstruido otras formas de dependencia que han dificultado su proceso de individualización. Ella no parece haber encontrado los términos de una conjugación mutuamente estimulante entre su realización profesional y sus opciones de vida conyugal y de maternidad. La profesión culmina una movilidad familiar en la que ella ha tomado el papel motor, casi sustitutivo de sus propios padres, y que se alimenta emocionalmente de la solidaridad fraterna. El matrimonio la ha comprometido en otra vía (¿se debe a la hipergamia?) en la que ella se siente inclinada a abrazar los valores de su marido y de su familia política y a asumir una posición dominada (a pesar de un cierto sostén de su suegra), lo que la obliga a arreglos difíciles tanto prácticos como ideológicos.

A pesar de las dificultades y de los arreglos a los que tiene que llegar, Julia logra, sin embargo, ejercer con placer su profesión y liberar largos ratos que dedica a sus hijos. Le resultan muy cómodos los horarios de noche que ha escogido (aunque sólo se cruza con su marido, pero no lo lamenta) y parece totalmente decidida a perfeccionarse y obtener diplomas de grado más alto, estimulada en ello por sus hermanos y hermanas. Es el sentimiento de realización compartido (singularmente fraterno) lo que la mueve y los valores familiares conservan toda su fuerza.

Por su parte, doña Juana, producto de una familia en la que la pobreza exigía un trabajo encarnizado y donde la simetría y la solidaridad marcan las relaciones interpersonales, parece que ha aprovechado su herencia cultural e incorporado las enseñanzas extraídas de las diferentes situaciones atravesadas a lo largo de su vida para adaptar el modelo campesino de familia al contexto urbano y al reto de la escolarización. Ella ha dedicado su vida a trabajar para educar a sus hijos. Su gran orgullo, mientras

que ella es analfabeta, es haber conducido a todos sus hijos hasta los estudios universitarios, y los mayores ayudan ahora a los más pequeños. Pero la edad y cierta holgura le han permitido limitarse a vender dulces en su casa y dedicar un poco de su tiempo libre a actividades ciudadanas que comparte con su marido. La asamblea de mujeres de su barrio, a la que acude sola y con toda libertad (“Es la hora de mi reunión, ya me voy, viejo”) es la que le procura más placer y enriquecimiento personal y donde tiene la sensación “de aprender un poco más cada día”.

En contraste, un último tipo de trayectoria que denota una *mayor individuación* está presente en las vidas y concepciones de Rocío (32 años) e Isabel (31 años), que han iniciado en la adolescencia y prolongado en la edad adulta una evolución progresiva y permanente basada en la búsqueda de nuevos conocimientos y aptitudes personales. La elección de una relación de pareja definida en términos de reparto de responsabilidades y de decisiones contribuye a que la maternidad no sea considerada por ellas una culminación, sino que represente una situación y una configuración emocional entre otras. Rocío, más que Isabel que sigue muy centrada en sí misma, vincula explícitamente su interés por los otros —parientes, amigos, clientes o hermanos en religión— con el ejemplo de numerosas figuras maternas, condescendientes, con las que ha estado en contacto en su infancia y en el curso de su vida adulta. Ella ha creado sus propios espacios mediante una inversión personal en actividades sociales extrafamiliares. Halla motivo para manifestar su alegría de vivir en cada una de sus actividades, la cocina en particular, que le da un vivo placer. Su vida conyugal parece particularmente feliz y evoca espontáneamente su amor por su marido, pero busca aún más allá, en sus actividades religiosas, de beneficencia (preparar comidas en un hospicio de ancianos) y en los encuentros amistosos, para colmar su apetito de sociabilidad y de intercambios calurosos.

Isabel, por su parte, ha tomado la vía profesional para forjarse un lugar. Después de haber luchado para “distinguirse, ser reconocida, superarse” en los estudios y el trabajo de oficina, ahora se toma el tiempo de disfrutar de su pequeña hija y utiliza la red de amigos y amigas, conocidos y antiguos colegas para venderles joyas a plazos, visitándolos en sus lugares de trabajo, una actividad rica en sociabilidad, con horarios flexibles y muy remuneradora que le permite esperar algún tiempo antes de que pueda retomar sus estudios universitarios.

CONCLUSIÓN, HERENCIAS EN CONSTRUCCIÓN

¿Qué nos enseñan estas trayectorias personales sobre el cambio social? El análisis de los contextos sociales en los que se despliegan estas vidas dibuja las grandes zonas y los mecanismos cambiantes de la inserción y de la exclusión social. Pero hay que llegar a una visión muy cercana para percibir las condiciones de eficacia y su acción diferencial sobre el destino de las personas. ¿Cómo explicar por qué la extracción campesina o indígena que pesa sobre muchas como una gran desventaja, no impide que amplios

sectores de la población que comparten esos orígenes conozcan el proceso de movilidad que desemboca en la constitución de las prolíficas clases medias? ¿Cómo la escolarización, más allá de sus efectos hechizantes, impone un rostro nuevo a la mayoría de las trabajadoras y hasta de los que solicitan empleo, y sin embargo pueden soslayarla personas sin calificación? ¿Cómo hay analfabetas que educan a una generación de universitarios mientras que otras familias se perpetúan en condiciones de exclusión?

Una perspectiva centrada en el individuo o atenta al acontecimiento no puede hacer más que constatar ciertas situaciones, sin aclarar qué es lo que produce las diferencias entre ellas. Los individuos no sufren pasivamente las condiciones que definen su entorno y no adoptan mecánicamente los valores en los que se inspiran los comportamientos de sus allegados. Por el contrario, se apropian subjetivamente de esos condicionamientos y esas reglas y modulan una especie de respuestas personales a las situaciones que se presentan y a los modelos de comportamiento ofrecidos (González Montes, 1994; Stolen y Vaa, 1991).

El seguimiento de los itinerarios personales brinda esta perspectiva multidimensional de la interacción de los sujetos con su entorno familiar, profesional y local, y permite apreciar las emociones que subyacen a la percepción de las situaciones vividas y la manera en que el proyecto de vida se adapta u obliga al cambio. Los modelos culturales propuestos en la infancia y después a lo largo de la vida son susceptibles de revisión o de confrontación a través de la acción de cada persona en las diferentes etapas de su vida en función de sus propias circunstancias.

Las herencias transmitidas precozmente parece que han sido interiorizadas e incorporadas con mayor facilidad por las mujeres que entraron en la edad adulta mediante el matrimonio, mientras que las que primero han trabajado o tuvieron desde el principio una parte muy activa en la manutención familiar tienden a reivindicarlas en sus aspectos creativos y liberadores y a reevaluarlas de manera crítica. Por último, las mujeres que emprendieron estudios largos en la adolescencia no se refieren explícitamente al modelo materno, sino que buscan consejo y orientación en los libros (sexualidad, maternidad); se encuentran enfrentadas por otra parte a medios profesionales en los que las relaciones de género, en otro contexto, se juegan de un modo más mediatizado.

En las situaciones de movilidad social y geográfica en que las mujeres tienen el sentimiento de asumir posiciones que se apartan mucho de las normas en que han sido educadas, les resulta muy difícil, lo mismo que a sus compañeros, encontrar los comportamientos que responderían de manera satisfactoria a la multiplicidad y maleabilidad de los modelos culturales que se les ofrecen en lo sucesivo a las parejas.

Hemos podido ver la importancia que tienen diferentes aspectos para la construcción de una imagen de sí potente o dominada. Entre ellos destacan la naturaleza de las relaciones reinantes en el seno de la familia de origen y los papeles atribuidos a cada quien según su sexo y su orden de nacimiento, así como la importancia reconocida a la escolarización o a la aportación económica de los hijos. También, hay que considerar

la capacidad y la decisión de los adolescentes de casarse lo más rápido posible o de tratar de estudiar o de trabajar fuera del círculo familiar, al igual que los apoyos que se obtienen y las relaciones que se tramán en estos nuevos contextos. Por último, están las decisiones que se toman respecto de la maternidad y la responsabilidad asumida por cada uno de los cónyuges, las relaciones de fuerza o los compromisos negociados.

Tanto los paralelismos como la multiplicidad de las divergencias observadas en las trayectorias muestran que sería inútil tratar de comprender las permanencias y las discontinuidades culturales, las inserciones y las exclusiones sociales, así como los procesos de constitución de la personalidad de los sujetos, sin tomar en cuenta en un mismo movimiento, y en estrecha interacción, las condiciones sociales en las que le ha sido dado actuar, lo que él o ella percibe de las mismas y su disposición a revisar sus códigos culturales y sus proyectos para sacar el mejor partido de las situaciones encontradas, con sus aperturas y sus límites.

Cada configuración tomada en la riqueza de sus determinaciones es única y no puede ser generalizada so pena de reducción. Otra limitación más significativa de esta perspectiva reside en la dificultad de alcanzar por este medio una aprehensión del carácter estructural de los procesos sociales involucrados. El alcance social y los efectos colectivos de la acción de los sujetos pueden encontrar un inicio de evaluación en espacios muy delimitados, reconstruyendo las micro configuraciones que produce la interacción de las personas en su entorno familiar y más ampliamente en el marco de sus relaciones de trabajo y de sociabilidad. Los relatos individuales tarde o temprano brindan indicaciones relativas a interacciones en una escala mayor, tales como las relaciones estrechas que mantienen los miembros de familias rurales yucatecas que la pobreza obliga a vivir divididas entre la ciudad —donde se instalan los(as) que han conseguido un empleo— y los pueblos, donde residen quienes dependen de ellos(as). La asimetría de las situaciones y de las relaciones contribuye sin duda a reforzar la densidad de las migraciones pendulares que caracteriza a Mérida y su región.

Se podría iniciar una reflexión sobre las temporalidades (una vida o una o varias generaciones) de los diversos cambios culturales comparando, por ejemplo, los más íntimos, como los papeles en el seno de la pareja y de la familia, y los más institucionalizados, como la exposición a la escolaridad. Y habría, también, que enfrentar el análisis del conflicto social, evocado apenas en estas entrevistas a través de algunas referencias a las dificultades de acceso al mercado del trabajo y a las bajas remuneraciones, circunscribiendo la manera en que se “negocian” los términos y los contenidos de las relaciones de explotación y de dominación, frente a diferentes sistemas culturales y de relaciones de fuerza sociales (Bartra, 1980; Torres, 1997).

Siguiendo y profundizando el trabajo de investigación en estas diferentes direcciones, comprenderemos mejor, sin duda, según qué vías se reelaboran las herencias en un proceso de cambio social que es asunto de instituciones y de procesos culturales, pero también de interrelaciones, de percepciones individuales y de emociones.

CUADRO 1
CARACTERÍSTICAS DEMOGRÁFICAS Y SOCIOECONÓMICAS DE LAS ENTREVISTADAS

	<i>Lugar de la entrevista</i>	<i>Lugar de nacimiento</i>	<i>Edad</i>	<i>Estado civil</i>	<i>Edad al unirse</i>	<i>Edad al migrar</i>	<i>Escolari.</i>	<i>Núm. de hijos</i>	<i>Inserción laboral</i>
<i>1ª. Cohorte 1925-1945</i>									
Paz(M1)	Mérida	Temach, Yucatán	64	Casada	15	50	Primaria	4	Empleada doméstica
Juana (DF28)	México D.F.	Ranchería en Oaxaca	56	Casada	22	18	Sin estudios	9	Vendedora de dulces
Natalia (M23)	Mérida	Zepeda, Yucatán	47	Casada	16	16	Primaria incompleta	8	Ayudante de negocio familiar (abarrotés)
<i>2ª. Cohorte 1945-1960</i>									
Julia (M20)	Mérida	Pueblo en Chiapas	36	Casada	20	12	Universidad incompleta	2	Enfermera
Rocío (M27)	Mérida	Ichil, Yucatán	32	Casada	17	12	Primaria	2	Cocinera-mesera
Isabel (Tij29)	Tijuana	Pueblo de Durango	31	Casada	28	17	Universidad incompleta	1	Vendedora de alhajas
Candelaria (M17)	Mérida	Cacalchen, Mérida	30	Unión libre	15	17	Sin estudios	5	Empleada doméstica

FUENTE: Entrevistas en profundidad. Proyecto "Fecundidad, trabajo y condición femenina en México", García y Oliveira (1994).

BIBLIOGRAFÍA

- Bartra, Armando, 1980, *La explotación del trabajo campesino*, Nueva Era, México.
- Bertaux, D., 1994, "Les transmissions en situation extreme. Familles expropriées par la révolution d'Octobre", *Communications*, núm. 59, "Génération et filiations".
- Bonfil B., Guillermo, 1987, *México profundo. Una civilización negada*, Secretaría de Educación Pública (SEP), México.
- Bourdieu, Pierre, 1988, *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid.
- Chayanov, Alexander, 1966, *The Theory of Peasant Economy*, The American Economic Association, Homewood, Chicago.
- Cooper, Jennifer, Teresita de Barbieri et al. (comps.), 1989, *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, vol. 1, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Coordinación de Humanidades/Porrúa, México.
- Cornelius, Wayne, 1980, *Los inmigrantes pobres en la ciudad de México y la política*, Fondo de Cultura Económica (FCE), México.

- Cosío-Zavala, M. E., 1994, *Changements de fécondité au Mexique et politiques de population*, L'Harmattan/IHEAL, París.
- Esteinou, Rosario, 1996, *Familias de sectores medios. Perfiles organizativos y socioculturales*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), México.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira, 1994, *Trabajo femenino y vida familiar en México*, El Colegio de México, México.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira, 1998, "La participación femenina en los mercados de trabajo", *Trabajo*, año 1, núm. 1, enero-junio, pp. 139-162.
- García, Brígida, 1999, "Dinámica familiar y calidad de vida", en Beatriz Figueroa (coord.), *México diverso y desigual: enfoques sociodemográficos*, Sociedad Mexicana de Demografía (Somede)/El Colegio de México, México, pp. 129-141.
- González de la Rocha, Mercedes, 1986, *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*, El Colegio de Jalisco/CIESAS/Secretaría de Programación y Presupuesto, México.
- González Montes, Soledad, 1994, "Mujeres, trabajo y pobreza en el campo mexicano, una revisión crítica de la bibliografía reciente", en Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza (Gimtrap), *Las mujeres en la pobreza*, El Colegio de México, México, pp. 179-214.
- Lewis, Oscar, 1959, *Five Families. Mexican Case Studies in the Culture of Poverty*, Basic Books, Nueva York.
- Long, N., 1989, *Encounters at the Interface. A Perspective on Social Discontinuities in Rural Development*, núm. 27, Wageningen Studies in Sociology, Holanda.
- Lomnitz, Larissa y Marisol Pérez-Lizaur, 1987, *A Mexican Elite Family, 1820-1980*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.
- Massolo, Alejandra, 1992, *Por amor y coraje. Mujeres en movimientos urbanos de la ciudad de México*, El Colegio de México, México.
- Oliveira, Orlandina de, Marielle Pepin Lehalleur y Vania Salles (comps.), 1989, *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)/Miguel Ángel Porrúa/ El Colegio de México, México.
- Oliveira, Orlandina de, 1995, "Experiencias matrimoniales en el México urbano: la importancia de la familia de origen", *Estudios Sociológicos*, vol. XIII, núm. 38, pp. 283-308.
- Pepin-Lehalleur, Marielle y Teresa Rendón, 1983, "Las unidades domésticas campesinas y sus estrategias de reproducción", en Kirsten de Appendini, Marielle Pepin-Lehalleur, Teresa Rendón y Vania Salles, *El campesinado en México: dos perspectivas de análisis*, El Colegio de México, México, pp. 13-125.

Poirier, Jean, Simone Clapier-Valladon y Paul Raybaut, 1980, *Les récits de vie. Theorie et pratique*, Presses Universitaires de France (PUF), París.

Ramírez, Luis A. (comp.), 1997, *Género y cambio social en Yucatán*, Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida.

Roberts, Bryan, 1978, *Cities of Peasants*, Edward Arnold, Londres.

Roubaud, François, 1995, *La economía informal en México: de la esfera doméstica a la dinámica macroeconómica*, FCE, México.

Torres, Gabriel, 1997, *La fuerza de la ironía. Relaciones de trabajo entre los jornaleros del tomate*, CIESAS, México.

Segalen, Martine, 1980, *Marie et femme dans la société paysanne*, Flammarion, París.

Selby, Henry, A. Murphy, S. Lorenzen, I. Cabrera, A. Castañeda e I. Ruiz, 1994, *La familia en el México urbano. Mecanismos de defensa frente a la crisis (1978-1992)*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), México.

Stolen, Kristi y Mariken Vaa (comps.), 1991, *Gender and Change in Developing Countries*, Norwegian University, Oslo.

Wolf, Virginia, 1977, *Une chambre à soi*, Denoël, París.